

Moral y religión en postmodernidad

CARLOS DÍAZ

He aquí lo que a nosotros nos parecen los caracteres de la postmodernidad:

1. Abandono de las grandes convicciones (macrorrelatos)

*«Simplificando al máximo, se tiene por postmoderna la incredulidad con respecto a los metarrelatos. Esta es sin duda un efecto del progreso de las ciencias; pero este progreso, a su vez, la presupone. La función narrativa pierde sus functores, el gran héroe, los grandes peligros, y el gran propósito. Hay muchos juegos del lenguaje diferentes, es la heterogeneidad de los elementos. El criterio de legitimidad es tecnológico, no resulta pertinente para juzgar lo verdadero y lo justo» (J.F. Lyotard, *La Condición Postmoderna*, Ed. Cátedra, Madrid, 1984, p. 10).*

Así pues, negación de ese macrorrelato anucleador, la religión:

«A la religión, tras su rotura, le van a suceder otros hechos humanos para los que no tenemos sino denominaciones inapropiadas tomadas en préstamo del pasado: una gnosis, un modo de representación y quizá de conocimiento que no se identifica con la ciencia, pero tampoco la contradice, sino que se esfuerza por extrapolar sus evidencias procediendo más allá de ellas; unas actitudes ante la naturaleza, vista otra vez como algo sagrado y por respetar según hace el movimiento ecologista, y no como algo puramente al servicio del hombre y enteramente sojuzgable por la tecnología humana; una ética pública de las relaciones elementales

*de convivencia y una ética personal vinculada a la conciencia de la dignidad propia y constituyente del sentido de la propia existencia, una experiencia o sentimiento que, por referirse a la totalidad de lo real, bien puede continuar llamándose sentimiento místico. Pero allí donde la religión de veras ha estallado no nos resulta posible imaginar algún nuevo conjunto o unidad cultural que propiamente la suceda y reemplace. Toda clase de combinaciones y desconexiones se antoja posible. Cabe mística con o sin gnosis, con o sin ética. Cabe a su vez una ética dotada de gnosis o de mística, tanto como una ética sumamente pragmática de andar por casa y de andar en sociedad, sin más miramientos que no hacer daño a otro. Puede revelarse otra vez la radical amoralidad de toda gnosis, de toda mística. Las solduras, las convergencias ocasionales de unos y otros elementos no están excluidas. Sólo se excluye el carácter forzoso, «religioso» de su unión. No hay perspectiva de ella, no hay barrunto de lo que pudiera ser una nueva religión. De Lutero ha llegado a decirse que fue el último de los creadores de religión y que después de él ni en Occidente ni en Oriente ha llegado a aparecer una sola idea religiosa de verdad original y creadora. No la ha habido en cuatrocientos largos años. No hay trazas, no se advierten presagios de que vaya a haberlas ahora. La religión está desenladrillada, ¿quién la podrá enladrillar? ¡El hombre que llegue a hacerlo buen enladrillador será!» (Fierro, A.: *La Religión en Fragmentos. Aportación al Análisis de una Sociedad Postreligiosa*, Madrid, 1984, pp. 17-18).*

«Consecuentemente cuando los filósofos se impregnan demasiado de la problemática y la terminología religiosa vigente adquiere un estatuto ambiguo, parcialmente sacerdotal, que puede ser entendido como una provocación por los más supersticiosos o también como un refuerzo heterodoxo a la fe establecida por los supersticiosos bien educados... Esos guiños hacia el redil santo (en ocasiones adoptando ínfulas de denuncia profética contra las autoridades terrenales) quizá tengan alguna justificación en la mocedad

soñadora y excitada del pensamiento, pero la recaída en ellos años después es índice seguro de senilidad e impotencia intelectual. La religión es el mal de Alzheimer de la filosofía, o el primer síntoma del Alzheimer en algunos filósofos... A mi juicio, la verdadera actitud filosófica no sólo no es complementaria de la teología, sino que surge por oposición a ella: para sacudirse sus veneraciones y temores irracionales... En cuanto tal, la filosofía es decididamente atea: es decir, que los llamados 'dioses' que aparecen en la filosofía son meras abstracciones o hipóstasis a partir de lo inmanente (como la Naturaleza, la Historia, el Hombre, la Razón, etc.), pero nunca personalidades sobrenaturales, providentes, inescrutables, justicieras, persuadibles por medio de la oración o del sacrificio, ávidas de rituales propiciatorios, etc. Cuando en una filosofía hallamos una de estas deidades, resulta siempre ser una incrustación venida del exterior no filosófico y asumida con la resignación ornamental con que la ostra acoge, agranda y pule su perla. Pero no olvidemos que, por brillante y hermosa que parezca al observador, la perla constituye una enfermedad de la ostra. Por lo demás, sostengo que el filósofo no debe ser religioso por la misma honradez elemental que veda al aduanero hacerse contrabandista, pese a que los dos gremios tengan el indudable parentesco de merodear en torno a la misma frontera... La fe impide la indagación personal, la experimentación, la crítica racional de las convicciones establecidas, el debate público por medio del cual cada participante puede obtener sus propias conclusiones. Sobre todo la fe va directamente contra la voluntad de verdad que Nietzsche señaló acertadamente como el más distintivo acicate de nuestra modernidad ilustrada. Por su parte, la obediencia a los depositarios de la autoridad divina constituye un resabio absolutista incompatible en su misma esencia con la propuesta democrática que aspira al acceso igualitario para la toma de decisiones y que justifica la administración del poder como expresión delegada de las decisiones mayoritarias. Incluso, aunque la obediencia no fuese a una jerarquía humana (algunas religiones han predicado las

*formas más radicales de igualitarismo), imponen siempre un modelo intangible, irrevocable e inmodificable por la voluntad de los humanos concertados: la Ley es un dictado de lo sobrenatural y no un conjunto de convenios pactados entre los socios y sometidos por tanto a posible revisión... Los proyectos universalistas, es decir, civilizatorios, tropiezan con la vocación tribal de los dioses, que prefieren dispersar y desconcertar a los hombres en lugar de aunarlos en un proyecto común... Se puede medir la honradez de los filósofos del siglo XX por la resistencia que presentan a ser recuperados por la porosa ameba eclesiástica, venga del credo que venga» (Fernando Savater: *Diccionario Filosófico*).*

Paolo Flores d'Arcais, este filósofo postmoderno italiano traído a España de la mano de Fernando Savater como no podía ser menos, en su libro *El Desafío Oscurantista. Ética y Fe en la Doctrina Papal* (Ed. Anagrama, Madrid, 1994) afirma, en efecto, que hay que oponerse a la así denominada **ideología de la pertenencia**, es decir, a aquello a lo que la postmodernidad califica como «ética de las esencias», de la identidad, de las verdades absolutas, del regreso a lo sagrado, y eso lo dice por cierto Flores D'Arcais mientras por su parte sacraliza paladinamente otras esencias sólo que de signo contrario, a saber, la ética del individuo, de la lógica abierta, móvil, del bricolaje, de la experimentación y la mutación, de las existencias, de la diferencia, de lo relativo, la lógica de lo heterogéneo, de lo impuro y de lo borroso, de la impertinencia, etc., etc. En todo caso, ya antes lo había escrito Xabier Rubert de Ventós:

«A la moral de la convicción he contrapuesto la moral en constante tensión para refutar sus propios postulados y por verificar los del vecino. Paralelamente, y en otro plano, a la moral cuyos criterios de valoración son la coherencia, la autenticidad, la autonomía y la realización ha de contraponerse la moral de la heteronomía, la incoherencia, la prodigalidad y la disolución personal: de la instru-

mentalización, de la dilapidación y del despilfarro de sí mismo. Según este criterio, bueno no es el acto que se dirige a mi realización, sino el que propicia mi disolución» (Moral y Nueva Cultura. Alianza Ed. Madrid, 1971, p. 52).

¿Qué es todo esto sino **relativismo puro y duro**?:

«La noción de verdad ya no subsiste y el fundamento ya no obra, pues no hay ningún fundamento para creer en el fundamento, ni por lo tanto para creer en el hecho de que el pensamiento deba fundar algo» (G. Vattimo: El Fin de la Modernidad, Gedisa, Barcelona, 1986, p. 148).

Lo que la postmodernidad, en pocas palabras, nos propone no es sino recuperar al individuo de las supuestas garras de la verdad absoluta en favor del multiculturalismo moderno, yendo por ende contra las ilusiones de la fe y contra la obediencia (siempre ciega) a cualquier valor objetivo absoluto, así como contra las fórmulas y valores eviternos, buscando por contrapartida repotenciar el aliento laicista, el pensar crítico y la razón prudencial propios del desafío democrático y convivencial frente a la supuestamente quimérica promesa del más allá, y desde luego contra el manto protector de la Iglesia para él inquisidora, así como del papado. Todo un programa de pertenencia en nombre de la lucha contra ideología de la pertenencia, por cierto, o dijo la sartén al cazo «apártate que me tiznas».

2. Vigencia (fuerte) del pensamiento débil

Así pues, abandonados los macrorrelatos, lo que vige es -en expresión troquelada primero por Gianni Vattimo- el **pensamiento débil**:

«Hay que pensar modelos desde el escepticismo y la desorientación que constituyen el aire que respiramos... Si es inútil buscar un

Sentido unificador de la vida (no porque no se encuentre, sino porque será siempre la extrapolación de un sentido parcial), es porque hoy somos conscientes de la irremediable ambivalencia de nuestro mundo. Tal es el precio del pluralismo ideológico» (Victoria Camps: *La Imaginación Ética*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 1983, p. 120).

Más aún:

«No solamente un conocimiento débil, sino además un convencimiento débil» (Xabier Rubert de Ventós: *Filosofía y/o Política*, Ed. Península, Barcelona, 1984, p. 54).

Se trata de un tiempo en el que predomina lo que se ha denominado imperio de lo efímero, o también **crepúsculo del deber y del sacrificio**, un tiempo duro al que no se responde con revoluciones sino con **éticas indoloras**, exentas del sentimiento de culpa, pero también sin propuestas fuertes.

3. Individualismo

Desenladrillado el edificio, henos ante un paisaje débilmente propositivo con figuras individuales (ladrillos sueltos, naufragos) al fondo. La postmodernidad se mueve a gusto en lo que llama egoísmo asociativo, individualismo responsable o simplemente ética de los negocios.

Los individuos se retiran a sus espacios domésticos en los cuales distribuyen sus libertades, toda vez que han dado por perdida la batalla social, y pasan a dedicarse mansamente al **bricolaje** como técnica de autoafirmación y ejercicio de sincretismo. Esto no impide que militen en lo que deseen, pero siempre en plan de **voluntariado**, es decir, no como algo exigido por algún imperativo categórico racional o por una vocación de fondo religioso, al fin y al cabo macrorelatos, sino lisa y llanamente como manifestación de un puro querer, de una voluntad sin consistencia analítica, por tanto más que como una

pura voluntad universalizable como un puro deseo individual:

«Pese a la decadencia de los grandes relatos eso no significa que no haya relatos que no puedan ser creíbles. Su decadencia no impide que existan millares de historias pequeñas o no tan pequeñas que continúen tramando el tejido de la vida cotidiana» (J. F. Lyotard: *La Postmodernidad explicada a los Niños*, Gedisa, Barcelona, 1986, p. 31).

Existe un aislamiento necesario que lejos de separar catapulte más tarde hacia la comunidad, ese tiempo del retiro y de la meditación que habrá de fundar profundas comunidades. Pero hay un tiempo (el de Narciso) en donde la soledad resulta electiva voluntad de incomunicación y decisión de no salir de la propia pompa de jabón en que la mónada del ego ha decidido encerrarse absurdamente, convencido tal vez de que la vida del hombre es milicia contra la malicia del hombre mismo y de que la palabra es el átomo de la división.

En las *Epístolas a Lucilio* Séneca realiza la apología del hombre autárquico refiriéndose a Estilpón, quien, asaltada su villa, pierde mujer, hijos y propiedades en un incendio. Cuando Demetrio, el vencedor, le pregunta si ha sufrido algún daño, Estilpón contesta: *«Todos mis bienes van conmigo»*. Es la **filosofía del caracol**, hermafrodita que todo se lo guisa y todo se lo come él solito bajo la protección de su propia concha. La nómina de pensadores aislacionistas, encerrados en su aristocrática altivez y en su alba torre de marfil, es bastante más extensa de lo que parece y podríamos citar al efecto muchísimos textos de F. Nietzsche, de A. Schopenhauer, o de M. Stirner, donde quien demuestre que ha sido capaz de **hacerse a sí mismo** (tras la pauta de las sociologías burguesas del **self made man**) se creará facultado para **deshacer a los demás**.

Ahora bien ¿se puede vivir real y verdaderamente en el aislamiento total? Al menos, y mientras Stirner ejerce la apología del aislamiento

espiritual, intenta **sobrevivir** cotidianamente (en realidad **vivir sobre** los otros) nada menos que ¡con **asociaciones de egoístas!** funcionales y pragmáticas: *«En tanto que egoísta, el bienestar de esa 'sociedad humana' no Me interesa en absoluto, Yo no sacrifico nada a ella y no hago otra cosa que utilizarla; pero a fin de poder utilizarla plenamente Yo la transformo en Mi propiedad y en Mi criatura, es decir, que Yo la destruyo para crear en su lugar una asociación de egoístas».*

4. El imposible «egoísmo asociativo»

Con Max Stirner nuevamente se postula la **asociación de egoístas**, la cual no está para grandes utopías ni para megaproyectos, y por eso no tiende de ninguna manera hacia el ser, sino decididamente hacia el tener:

«La historia antigua se cierra virtualmente el día en que Yo consigo hacer del mundo Mi propiedad. Con la ascensión del Yo a poseedor del mundo, el egoísmo consigue su primera victoria, y una victoria decisiva; ha vencido al mundo y lo ha 'suprimido', confiscando en su provecho la obra de una larga serie de siglos» (El Unico y su Propiedad, Erste Abteilung, 1, 3).

No lo tomen a broma, señores, pues los economistas de última hora nos proponen abiertamente una racionalidad moral basada en el **egoísmo asociativo**, y los filósofos de la más reciente hornada postulan una **moral por conveniencia**, una **ética de los negocios**, y a eso reducen el negocio de la ética. Buena ética es hacer buenos negocios, tal como hoy se airea en los principales idiomas. **Good ethics make good business**, **la bonne affaire de l'éthique** y otros similares son eslóganes que corren por Europa abundantemente. Al parecer hoy nadie quiere acordarse de aquella afirmación de John Stuart Mill: la fuerza social de una persona que tiene convicciones equivale a las de 99 que sólo tienen intereses.

Pero, en fin, sin ir más lejos, Gilles Lipovetsky, autor de libros muy vendidos en Europa tales como *La Era del Vacío*, *El Imperio de lo Efímero*, o *El Crepúsculo del Deber*, respectivamente publicados en castellano por la Editorial Anagrama en 1986, 1990 y 1994 con mucho éxito de crítica y público, afirma tan campante:

«Una persona 'buena' en el sentido de la moral del deber no siempre produce beneficios, por eso todos preferimos un gestor que robe un poco, pero que incremente la cuenta de resultados, a una bellísima persona que con su bondad nos lleve a la ruina. Los santos pueden ser perjudiciales para el bienestar general, mientras que los astutos pueden resultar beneficiosos. Al individuo responsable le interesarían más los segundos que los primeros».

5. Ética indolora para naufragos

Gilles Lipovetsky expresa ese extendido sentir en su **ética indolora**, sermón que dice rechazar los sermones, compuesto a base de sentimiento de lo efímero y de repugnancia frente al autosacrificio en favor de los demás, frente a los deberes incondicionados y frente a la culpabilidad que tanto molesta:

«La moral de épocas anteriores propia del cristianismo y de la tradición cristiana era la moral de un deber exigente, que pide a los individuos sacrificar sus deseos y sus apetitos. Quien infringe las normas se siente culpable y termina en la neurosis o en algo cercano a ella. Es esta moral de los deberes incondicionados, del autosacrificio y del sentimiento de culpabilidad la que se extingue. Algunos grupos la mantienen, claro, pero son marginales... Las gentes ya no queremos obrar porque así lo exigen deberes incondicionados, sino porque nos apetece hacerlo en un sentido u otro; ya no nos interesa contar con personas que tienen buena voluntad, sino con las que producen buenos resultados; y, desde luego, no

queremos ni oír hablar de complejo de culpa» («ABC Cultural», 3/2/1995).

Deshojemos la margarita: **Me apetece/no me apetece**. La ética indolora tiene como base el deseo de bienestar que cada cual experimenta; cualquiera que desee estar bien y sea inteligente se percatará de que le conviene que su sociedad respete sus derechos, y cuando se respetan los de cada uno hete aquí que se respetan los de todos. Un egoísta más un egoísta más un egoísta ¡hale hop! una sociedad altamente racionalizada siempre y cuando cada cual vaya a su propia bola sin hacer trampas. El interés por uno mismo sería la clave de esta ética de los **nuevos tiempos democráticos** frente al altruismo exigido por la moral del deber. A eso le denomina **monsieur** Lipovetski **individualismo responsable**, tipo de ética que no exige sino la inteligencia suficiente como para vivir bien. Es, como ya postulara Schopenhauer, **el arte del bien vivir** a cuyo fin los egoístas racionales deberían asociarse.

Lipovetsky defiende a capa y espada este individualismo postmoderno de fin de milenio:

«Mientras la tradición católica ve con malos ojos el individualismo porque lo identifica con el egoísmo, la Modernidad tiene por centro la defensa de la libertad individual, alaba la iniciativa de los individuos como una cosa buena. La solidaridad sí que quedaría en un segundo plano, porque no es obligatoria, es más bien un valor sagrado laicizado, que no ocupa el primer lugar. El individualismo es el código genético de la democracia moderna».

De todos modos Lipovetski afirma que sería irresponsable el egoísta racional o **individualista ético** que pensara: «depués de mí el diluvio», porque esa resultaría una posición destructiva para él y en consecuencia para cada uno de los que son como él. Por el contrario, merecería la designación de **individualista responsable** quien comprendiese que le interesa la defensa de los derechos de los demás para defender los

propios, ya que en última instancia la ética se enfoca desde el **individualismo** y desde el egoísmo. En ese sentido cabría afirmar que «el siglo XXI será egoísta e individualista, o no será», y por eso el altruismo tendría un carácter residual. Oigamos de nuevo al profesor Lipovetsky:

«El altruismo hoy se vive de dos modos: o bien como un deber, y entonces es el núcleo de esa moral dolorosa que está de baja; o bien como una forma de vida que apetece en ese amplio fenómeno del voluntariado. En cualquier caso, el altruismo como obligación no es ya el centro de la moral dominante; el centro es el individualismo». El centro es el individualismo absolutizado y competitivo, calificado de posesivo (cfr. C. B. Macpherson: La Teoría Política del Individualismo Posesivo, Ed. Fontanella, Barcelona, 1979).

En realidad esta **ética de naufragos** para supervivientes en tiempos de crisis aguda rechaza mirar a lo lejos y prefiere asirse a la primera tabla de salvación que encuentra, la del propio yo. Si le lleváramos al oculista, en el fondo del ojo de Narciso siempre divisaríamos al unidimensional husmeador de naufragios cuyas tablas de salvación son tenencias, al teniente/terrateniente:

«No te basta ser 'libre', debes ser más, debes ser 'propietario'. La individualidad, es decir, mi propiedad, es toda mi existencia y mi esencia, es Yo mismo» (El Único y su Propiedad, 1, 1).

Fuera de su Yo unidimensionalizado, sordo, teniente, no avista Narciso salvación, cuando lo único que cualquiera descubre en Narciso es horror, **ausencia de relación: incomunicación, desencuentro**. Cada día vemos cómo la literatura, el cine, las artes se encuentran llenas de desencuentros y de interferencias y ruidos relacionales. Torcida o corrompida la posible reciprocidad de las conciencias, en el absurdo de la mala relación, el yo tiende a **alterar** al tú, **alterándose** (sin alterificarse, sin hacerse **alter**) asimismo ese

yo. De esta guisa la relación interpersonal no es vivida como gracia, sino muy por el contrario como des-gracia, como ajenación y **enajenación**, como **extrañamiento**, como **alienación** sádica, infernalizante o destitutiva (Jean Paul Sartre).

¿Quién se fiaría de su prójimo en el fragor de este estruendo? Desconfiando todos de todos, cubiertos todos con la careta de Jano, una de ellas mirando hacia adelante y la otra hacia atrás por si las moscas, cerrados a cal y canto recíprocamente, todo recuerda aquí a **Momo**, deidad griega de la locura y de la burla que, para poder conocer las pérfidas intenciones de los humanos, echó en falta una ventana en el pecho del hombre que había modelado Hefesto. En ese clima, el bello «todos los hombres son iguales» se torna, sin embargo, cotidianamente un agresivo y lamentable «¡todos los hombres sois iguales!».

Alterarse, enajenarse, extrañarse, alienarse constituirán, así las cosas, la entraña del fracaso relacional que se salda **cosificadamente**: el sujeto (**para sí**) pretende apropiarse de la persona del otro, pero tropieza con él porque le considera una mera cosa (un **en sí**). Irreducibles el en-sí y el para-sí, incomplementables e inacoplables en un imposible ser **en-sí-para-sí**, en lugar de la dialéctica nos topamos con el muro de la **dualéctica**, con el dualismo y el duelo. Así pues, donde pudo haber encuentro, hete aquí, sin embargo, que se alza ahora el muro del **desencuentro**, la crónica de un desamor, la eterna historia de una muerte relacional anunciada. Y donde pudo haber comunicación dase a partir de ahora incomunicación e interferencia, ruido comunicativo, mala vibración, disangelio.

De este modo se lleva al terreno de las relaciones éticas humanas el fracaso que Protágoras pronosticó universalmente cuando afirmara aquello de:

- «nada existe»;
- «si algo existiera sería incognoscible»;

- «si algo existiera y fuera cognoscible resultaría incomunicable».

Así pues, cuando el **ego** quiere dominar al **alter** y entonces reducirlo a **idem**, **identificarlo** o hacerlo **idéntico** a sí propio, ya sea pretendiendo tomar al sí mismo como otro, o al otro como a sí mismo, entonces se produce la exclusión de su **diferencia** (de su identidad diferencial y diferenciada), su avasallamiento, la antítesis del **tú-y-yo** en la opción desgarradora del **o-tú-o-yo**, y las mil y una forma de reduccionismo que van desde el racismo y la xenofobia hasta la barbarie militarista e imperialista de cualquier índole.

Dicho de otro modo, es ahora -en la egolatría fagocitadora- cuando estamos viendo producirse la apoteosis del **principio de identidad** anonadante sobre el principio de diferencia anonadado, tal y como lo propone Max Stirner. Y en tal contexto el que venga detrás que arree, «por pobreza nunca desmayéis pues otros más pobres siempre veréis» (Don Juan Manuel: *El Conde Lucanor*. Ed. Cátedra, Madrid, 1979, p. 50). En su forma atemperada, el principio de diferencia abandonado a su propio infortunio se torna principio de **indiferencia**, primer paso hacia el principio-exterminio antementado. Un poco más, y ni siquiera hay impío, como reza el *Salmo* 36.

6. Fin de la historia

Y colorín colorado: se ha llegado a donde se iba:

«La única filosofía de la historia que aún podemos profesar tras el fin de la filosofía de la historia (o sea, tras el fin del mito del progreso, de la revolución, etc.) es la que acepta como algo propio el final de la filosofía de la historia» (G. Vattimo: *El Final del Sentido Emancipador de la Historia*. In «El País», 6/12/1986).

Vivir sin alteraciones excesivas, administrar la finitud, Occidente ya ha descrito su circunnavegación por los mares del planeta. Los que

queden fuera de esta historia ya concluida no habrán entrado en ella. Y si desean entrar en ella verán cómo se les cierran las puertas: Occidente no desea emigrantes con ganas de rehacer la historia volviendo por los fueros de un alfa (origen) y buscando una nueva meta, un nuevo omega.

7. Lo siento mucho

¿Se puede en este sentido, así las cosas, dar un enfoque propositivo, adoptar una óptica histórico-salvífica a una postmodernidad cuya moral es egocéntrico-individualista cerrada a cal y canto al prójimo y por ende a toda perspectiva de trascendencia?

¿Se puede adoptar una postura de tolerancia que no sea un trágala, como viene siendo usual en tiempos a su vez de apostasía **leight** que remoteja de fundamentalismo lo que no es sino declinación de toda asertividad?

Lo siento. Yo no puedo, y por eso acepto quedarme en minoría, objeto de eventual lapidación de tantas piedras que ayer lapidaron lo contrario.

Aunque, eso sí, pienso que lo que mi limitado caletre no sea capaz de comprender puede salvarlo el infinito amor que Dios nos tiene a todos, sin mérito alguno por parte del ser humano. Aquí tienen ustedes, pues, un artículo -sin pretenderlo- polémico: sean, pues, los demás los que polemiquen si así les place. Mi parte de verdad es la que es, y hoy sólo puede ser ésta.